

UNA IMAGEN DE LA VIDA JUDÍA EN EUROPA ANTES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



ECHOES & REFLECTIONS

TEACHING THE HOLOCAUST. INSPIRING THE CLASSROOM.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, alrededor de 9.500.000 de judíos vivían en toda Europa, desde Escandinavia hasta Grecia, así como en el Imperio Ruso, Oriente Medio y el Norte de África. Habían vivido en determinadas tierras durante cientos de años; en otras, por casi dos mil. El mundo judío era variado, con diferentes idiomas y culturas.

UN TIEMPO DE DESAFÍOS

El inicio del siglo XX fue un período dinámico en la vida del pueblo judío. Por primera vez en la historia, los judíos tenían los mismos derechos en todos los países de Europa y la oportunidad de integrarse al mundo moderno, pero esto los obligó a tomar decisiones sobre sus identidades. ¿Deberían integrarse a la sociedad local, sacrificando parte, o la totalidad, de su cultura y tradiciones religiosas? ¿Deberían renunciar a la integración e inmigrar a lugares llenos de promesas económicas, como Estados Unidos, o establecer su propia patria en la Palestina del Mandato Británico (la región que abarca lo que hoy es Israel), reviviendo el antiguo idioma hebreo? ¿O deberían permanecer en Europa, pero desarrollar su propia cultura separada en idiomas como el ídish o el ladino? El futuro judío fue objeto de acalorados debates en la prensa judía, en una amplia gama de partidos políticos y movimientos juveniles, y dentro de las familias.

MODERNIZACIÓN

A principios de siglo, la mayoría de los judíos vivían en Europa del Este y más de 8.500.000 vivían en el vasto territorio que incluye áreas a las que hoy nos referimos como Polonia y Rusia. Un gran porcentaje vivía todavía en pequeñas ciudades comerciales llamadas shtetls, adonde la modernización a menudo tardaba en llegar y la vida judía no había cambiado mucho durante siglos. La vida estaba ordenada por los sábados y días festivos, y por tradiciones e instituciones religiosas. El ídish era el idioma más hablado en la vida diaria, lo que generaba solidaridad pero también separaba de muchas maneras a los judíos de sus vecinos. Los shtetls eran centros vibrantes de espiritualidad judía, a pesar de la pobreza a menudo absoluta. Durante siglos se les había prohibido dedicarse a la agricultura, por lo cual la mayoría de los judíos eran sastres, zapateros, relojeros y artesanos, que trabajaban en empresas familiares o en pequeños talleres.

Otros eran comerciantes o vendedores ambulantes que transportaban mercancías para vender de un lugar a otro, en un fardo a la espalda. A medida que las nuevas ideas penetraron en los shtetls, los judíos comenzaron a aprovechar las oportunidades educativas y se convirtieron en médicos, abogados, ingenieros y escritores, como lo hacían en las ciudades.

A raíz de la Revolución Industrial, hubo un éxodo masivo de los shtetls y un traslado a las grandes ciudades para aprovechar nuevas oportunidades. En el siglo XX, los judíos eran el pueblo más urbanizado de Europa. Muchas de las ciudades a las que se trasladaron (Varsovia, Vilna, París, Viena, Berlín) se convirtieron en centros culturales e intelectuales.

En Europa occidental y central, donde había menos judíos, hubo más integración. Los judíos adoptaron la cultura y el idioma de las sociedades en las que vivían, y muchos se alejaron del idioma ídish y de sus tradiciones religiosas; algunos se asimilaron completamente a la cultura local.



Dos niños no identificados trabajan en la rueda de la bomba de la ciudad, Otwock, Polonia

FUENTE: Instituto IWO de Investigación Judía 2014

A principios del siglo XX, en toda Europa, de este a oeste, la contribución de los judíos a la cultura alcanzó nuevas cimas. En París, Amedeo Modigliani, Marc Chagall y Marcel Proust crearon obras maestras del arte y la literatura; en Viena, Sigmund Freud cambió la psiquiatría; en Praga, Franz Kafka escribió clásicos.

Los judíos lograron avances en puestos que antes les habían estado vedados, como el servicio público y el gobierno. Los judíos italianos, alemanes, franceses y polacos se convirtieron en alcaldes y ministros. Italia y Francia incluso tuvieron primeros ministros judíos.

Hubo un florecimiento de las artes en capitales culturales como Varsovia, Polonia, que tenía la comunidad judía más grande de Europa. Florecieron la prensa, la literatura y el teatro ídich. Por ejemplo, más de medio millón de personas visitaron el teatro judío de Varsovia en 1935, donde se presentaron obras clásicas en ídich junto con obras de William Shakespeare y Molière.



Los hermanos Welwel y Hershel llewicki montados en bicicleta, Baranowice, Polonia.
FUENTE: Archivos de Yad Vashem 9169/13

Los movimientos juveniles judíos prosperaron en esos años. Eran un espejo del debate sobre el futuro judío y las ideas en competencia de tradición, integración o sionismo, el movimiento por un Estado judío independiente en lo que hoy es Israel. En lo único que coincidieron fue en la crítica a la generación anterior.

Crearon una “cultura juvenil” transmitida por pares, que a menudo reemplazaba los valores de sus padres.

La educación cambió, reflejando también este debate. En muchos lugares, los niños religiosos todavía comenzaban a estudiar la Torá (los primeros cinco libros de la Biblia) a la edad de tres años, como lo habían hecho durante siglos. Pero ahora se desarrollaron sistemas escolares competitivos. Algunos alentaron la integración, la enseñanza en francés, polaco, alemán o cualquier idioma local; otros promovieron el sionismo, enseñando hebreo. Las niñas comenzaron a ser educadas en instituciones como Beit Yaakov, un movimiento educativo judío ortodoxo para niñas y mujeres jóvenes. Asimismo, cada vez más judíos asistían a escuelas públicas no judías, y su número creció entre los estudiantes universitarios.

En la década de 1920, y aun antes, los judíos formaban parte del tejido social. Entre los ganadores judíos del premio Nobel se encontraban Paul Ehrlich, inventor de la quimioterapia, y Albert Einstein, autor de la teoría de la relatividad. Los judíos eran más visibles: iban a cafés y eventos deportivos, vestían a la última moda, asistían a la ópera y al cine.

Quizás esta mayor visibilidad generó resentimiento, porque al mismo tiempo que se lograban estos avances, el antisemitismo se extendía e intensificaba, con acusaciones de que los judíos estaban tratando de apoderarse de Europa.

ANTISEMITISMO Y NACIONALISMO EN CRECIMIENTO

Al amanecer del nuevo siglo, los pogromos (disturbios violentos organizados) se extendieron por toda Rusia, dejando miles de judíos muertos en cientos de ciudades y pueblos. En un infame incidente antisemita en Francia, un oficial militar judío, Alfred Dreyfus, fue acusado falsamente y condenado por traición en 1894. La mayor parte de las pruebas contra él fueron falsificadas y, a medida que avanzaba el juicio, se hizo evidente que lo habían atacado por ser judío. Pasaron 12 años hasta que fue declarado inocente. El “Caso Dreyfus” demostró para muchos que, por muy integrados que estuvieran los judíos en la sociedad, seguían siendo objeto de intolerancia y persecución.

El trauma de la Primera Guerra Mundial aumentó el sentimiento antijudío. Tras la inesperada y humillante derrota de Alemania en 1918, los judíos se convirtieron en chivos expiatorios y fueron injustamente culpados de los problemas de la sociedad. En pogromos y asesinatos en masa durante las guerras y las guerras civiles posteriores a la Primera Guerra Mundial en Europa del Este, unos 100.000 judíos fueron asesinados o perecieron .

Al mismo tiempo surgió el nacionalismo, la idea de que la población mayoritaria de una nación está unida por un idioma común y una cultura, religión y tradiciones compartidas. Esta creencia promovió la unidad nacional; sin embargo, también significó que minorías como los judíos, que no compartían estos elementos definitorios, fueran excluidas como forasteras.

En el período de entreguerras en Polonia, por ejemplo, el nacionalismo exacerbado llevó a que los judíos fueran llamados una “nación extranjera”. Surgieron voces que clamaban por su emigración. Los violentos disturbios antijudíos aumentaron constantemente, y los gobiernos de Polonia, Hungría y Rumania adoptaron políticas para excluir intencionalmente a los judíos de sus economías. Estas leyes impusieron nuevos requisitos para la concesión de licencias a los artesanos y otros trabajadores, o exigieron que las tiendas cerraran los domingos, creando dos días durante los cuales los judíos no podían trabajar (ya que los judíos religiosos no podían trabajar en shabat, el sábado judío). Otras leyes restringieron la educación superior para los judíos. Como resultado, muchos judíos cayeron en una pobreza terrible y ya no podían mantenerse.

REACCIONES JUDÍAS

Los judíos respondieron de diferentes maneras al empeoramiento de las condiciones.

Muchos judíos religiosos continuaron manteniendo sus tradiciones y permaneciendo en sus comunidades, a menudo aisladas, orando por tiempos mejores y apelando a las autoridades gubernamentales para que los protegieran.

Otros judíos abandonaron Europa porque no veían esperanza ni futuro. En una ola masiva de inmigración, alrededor de 2.750.000 judíos huyeron entre mediados del siglo XIX y 1914, la mayoría con destino a Estados Unidos. A principios de siglo, Varsovia era la comunidad judía más grande del mundo; en 1914, Nueva York la había superado con un millón de judíos, más del doble que en Varsovia. Entre los inmigrantes a Estados Unidos se encontraban el juez de la Corte Suprema Felix Frankfurter, los pioneros del cine Louis B. Mayer y Samuel Goldwyn, y los gigantes de la cosmética Helena Rubinstein y Max Factor. Irving Berlin, originario del Imperio Ruso, se convirtió en un querido compositor estadounidense que escribió “Navidad blanca”. No obstante, después de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos se volvió aislacionista, cerró sus puertas a otros países y restringió severamente la inmigración.

La pobreza y la angustia de las clases trabajadoras atrajeron a muchos judíos a ideas y grupos revolucionarios que luchaban por

la igualdad de trato de los trabajadores, como el socialismo y el marxismo.

Otros, decepcionados de que su integración no condujera ni a la igualdad prometida ni a la aceptación, propusieron la solución de una patria nacional judía. Este movimiento fue conocido como “sionismo”. A medida que se extendieron los pogromos, el sionismo se hizo más popular. Los movimientos juveniles despertaron el entusiasmo por esta ideología entre los adolescentes, mientras capacitaban a sus miembros para la inmigración a la Palestina del Mandato Británico.



Miembros del grupo juvenil socialista-sionista Hashomer Hatzair, durante la festividad judía Lag baOmer, Wloclawek, Polonia, 1937
FUENTE: Archivos de Yad Vashem 1592/1